

## Desarrollo temprano del género y la sexualidad

**Pedro Moreno**

Los estudios de género, y más recientemente los de transgénero (Stryker – Whittle 2006), nos han abierto la puerta a un espacio de conocimiento, cuyos avances han impactado enormemente en distintos terrenos de nuestra cultura occidental judeocristiana. El psicoanálisis ha tratado de ir asimilando la forma en la que estos estudios, junto con las reivindicaciones de los movimientos feministas y el movimiento LGTBI+, tienen consecuencias tanto teóricas como sobre nuestras prácticas clínicas.

Este trabajo busca pensar sobre lo específico de nuestra escucha en el trabajo con las nuevas presentaciones de la sexualidad y de las identidades de género y su aparición cada vez más temprana, en niños y adolescentes. Se tratará de recurrir a diferentes fuentes de la teoría psicoanalítica para desarrollar algunas ideas que permitan pensar el desarrollo de la psicosexualidad y la identidad de género, que puedan resultar de utilidad para nuestra tarea clínica.

La complejidad cada vez mayor de la teoría psicoanalítica, en su incesante búsqueda de conocimiento sobre el desarrollo, las perturbaciones del psiquismo y nuestra práctica clínica, es comparable con nuestro conocimiento actual sobre la complejidad del funcionamiento del cerebro: órgano biosocial cuya estructura anatómica se desarrolla sobre la base de la interacción con otros seres humanos emocionalmente significativos. (Siegel, 1999; Schore, 2002) Un cerebro promedio cuenta con 80.000 millones de neuronas, cada una de ellas establece entre 5 y 50 mil conexiones, y el total de conexiones sinápticas es de alrededor de 1.000 billones (millones de millones). A partir de la obra fundacional de Freud, los autores posfreudianos han ido contribuyendo a la construcción de un modelo de funcionamiento del psiquismo cada vez más complejo.

Leticia Glozer (2001) recurre al paradigma de la complejidad, basada en las ideas de Edgar Morin (1998), para abordar el tema de lo femenino porque “*El pensamiento complejo no es absoluto ni totalizante e incluye siempre un factor de incertidumbre...* Trasciende el determinismo clásico ya que considera que no hay linealidad entre causas y efectos y propone una recursividad y circularidad explicativa de los fenómenos” (p. 16, cursiva en el original). Para Morin (1998) “es complejo aquello que no puede resumirse en una palabra maestra, aquello que no puede retrotraerse a una ley, aquello que no puede reducirse a una idea simple... (p. 10) Mientras que el pensamiento simplificador desintegra la complejidad de lo real, el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionalizantes y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de

aquello que hubiere de real en la realidad... el pensamiento complejo aspira al conocimiento multidimensional... Implica el reconocimiento de un principio de incompletud y de incertidumbre. Pero implica también, por principio, el reconocimiento de los lazos entre las entidades que nuestro pensamiento debe necesariamente distinguir, pero no aislar, entre sí. (11)”

Glocer cita más adelante ideas de Cornelius Castoriadis (1990) para decir que “Estas conceptualizaciones, que surgen frente a la crisis del pensamiento unidimensional, me llevaron a distinguir registros heterogéneos que hacen a la estructuración de la posición femenina, y a considerar que esta configuración se produce por intersección.” (2001, p. 22) La intersección nos puede llevar, en pos de insistir sobre la extraordinaria complejidad del desarrollo temprano de la sexualidad y el género, al concepto de interseccionalidad. Según Wikipedia “Un análisis interseccional considera un conjunto de factores cuya combinación afecta a un individuo social, en lugar de considerar cada factor en forma aislada.” (las traducciones son todas del autor) Se trataría de “identidades sociales superpuestas y entrelazadas... en conexión multidimensional”. El concepto es introducido en el campo de los estudios legales por la académica feminista afrodescendiente estadounidense Kimberlé Crenshaw para “demostrar la multifacética conexión entre la raza, el género y otros sistemas que funcionan en forma conjunta para oprimir, mientras que facilitan el privilegio en otras áreas... estos componentes se entrecruzan para configurar las experiencias de los individuos.”

Para Susan Stryker (2006, p 3), dado que el género es “vivido, corporizado (*embodied* - apuntalamiento freudiano), vivenciado, interpretado (*performed* – lo performativo de Butler 1999) y encontrado (*encountered*), más complejo y variado que lo que se puede explicar por el actualmente dominante sexo / género binario de la modernidad eurocéntrica... Los marcos de referencia para analizar e interpretar el género, el deseo, la corporización (*embodiment*) y la identidad que van tomando forma en el campo de los estudios de transgénero tienen implicancias radicales en una amplia serie de áreas temáticas”.

En *Dialogues on sexuality, gender, and psychoanalysis* (Matthis 2004), Nancy Chodorow, partiendo de una mirada que surge de la clínica, habla de “las formas únicas en las que los individuos unen los **diversos ingredientes** que conforman el género y la sexualidad” (resaltado de la autora) y desarrolla entonces la idea de que “La clínica individual emplea un número de **componentes** en la creación del género y sexualidad personales.” (p. 183, resaltado de la autora) Tomaré tres componentes que analiza la autora para orientar este trabajo: la experiencia corporal, las relaciones de objeto y lo cultural y lingüístico.

Para Chodorow, la experiencia corporal implica “observación, excitación, comparación con otros, cambios en la configuración corporal... sentido de la fantasía del cuerpo sexuado... representación de la diferencia sexual” (p. 187) Esta experiencia corporal tiene un lugar central en el descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil. Lo que Freud llamó apuntalamiento/apoyo/apoyatura (1905) es, a mi entender, una idea precursora de la actual noción de “corporización” (*embodiment*) y del adjetivo “corporizado” (*embodied*), previamente mencionados, que sostienen visiones actuales de que la vida psíquica encuentra sus inicios, su origen, en el cuerpo, es corporizada. Esta experiencia corporizada (*embodied*) la pondremos en relación posteriormente con la noción de esa misma experiencia como (*embedded*) incorporada / integrada en un cierto ambiente o contexto. La libido, “concepto límite entre lo psíquico y lo somático” (1905) interfase entre lo biológico y lo psíquico, surge en el encuentro del bebé con el cuerpo de la madre al ser alimentado, por la experiencia placentera que acompaña la satisfacción del hambre, y luego se independiza de esta necesidad/motivación para continuar en la permanente búsqueda del imposible reencuentro con ese placer fundacional. Freud funda su noción de esta energía que mueve al aparato psíquico como apuntalada, corporizada, en el cuerpo biológico y sus necesidades. Es la psicología de una persona (*one person psychology*) (Aron 1990) En Freud, lo central es la forma en la que la sexualidad se apoya en las necesidades de ese cuerpo biológico y orienta entonces el devenir del deseo del individuo.

Ese cuerpo que nace al encuentro de la sexualidad infantil freudiana, encuentro que luego veremos enriquecido, complejizado, por los desarrollos psicoanalíticos posteriores, también nace al desarrollo de su identidad de género. Identidad que entendemos, desde la perspectiva psicoanalítica, como una estructura dinámica, en constante reformulación. El papel central del cuerpo en el desarrollo de la identidad de género ya aparece subrayado por el propio John Money (1988) cuando destaca que sexo y género no son antónimos, destacando que el género no es solamente un rol o un guion social adquirido, lo que para el autor es “el uso muñeca-Barbie (del concepto), en el que los seres humanos están moldeados en el rol de Barbie y Ken... sin nada entre sus piernas.” (p. 52) Para este autor, “La codificación de género es tanto multifactorial como secuencial, y no es ni exclusivamente biológica ni exclusivamente social, sino un producto de ambos factores”. (p.54)

La experiencia corporal del recién nacido viene precedida de un desarrollo intrauterino en el que, nos dice Mark Solms, la planificación del cuerpo humano es femenina “por defecto” y hay momentos críticos en los que “las estructuras cerebrales en desarrollo son particularmente sensibles a las influencias ambientales”. Durante el segundo trimestre del embarazo, el cromosoma Y dispara la transcripción genética que hace posible que “lo que iba a ser un ovario se transforme en un testículo... primer y más decisivo paso hacia el desarrollo de las diferencias sexuales”. El embrión

del futuro varoncito se masculiniza, los testículos empiezan a desarrollarse y a segregar testosterona. Mas tarde en el segundo trimestre se da otra “secuencia maduracional crítica”, que modifica sexualmente al cerebro. Por la acción de la enzima aromatasa, la testosterona se transforma en estrógeno, que “es responsable (durante este período crítico) de la masculinización del cerebro”. Será entonces posible para Solms “vivir en un cuerpo sexual masculino que contiene un cerebro ‘femenino’” teniendo en cuenta que hay “diferencias claras, si bien sutiles, entre los cerebros masculino y femenino”. Entre las características que señala Solms marcan diferencias entre los cerebros masculino y femenino está el funcionamiento del hipotálamo: el circuito sexual de las mujeres está mediado por la oxitocina y en los hombres por la vasopresina; zonas relacionadas con la ansiedad de separación y vinculadas a la crianza y la preocupación social son más activas en las mujeres; en cambio, la amígdala, componente clave del sistema emocional de la “ira” es más activa en los varones. El autor concluye que “la identidad sexual del cerebro, tanto femenina como masculina, parece determinar si las personas “se sienten” mujer o varón y si se comportan en forma “típicamente” femenina o masculina”.

Esta forma en la que el recién nacido comienza a sentirse en el cuerpo que habita va dando lugar a lo que describe Robert Stoller (1968), que introduce la distinción entre sexo y género en el mundo del psicoanálisis. La conciencia del niño de que “Soy un varón” o “Soy una niña”, que es un aspecto del sentido general de la propia identidad es “visible para el observador en el primer año o más de vida” y según Stoller puede conceptualizarse como “identidad de género nuclear (*core gender identity*)” que es el resultado de la interacción entre “la relación infante-padres, la percepción del niño de sus genitales externos, y una fuerza biológica que surge de las variables biológicas del sexo” (p. 29-30). Esta fuerza biológica que describe Stoller podemos entenderla en términos de una de las series complementarias freudianas (Freud 1915, Conferencia 23), como la “disposición heredada del infante (constitución sexual)”, que Freud hace interactuar con la “predisposición adquirida en la primera infancia (vivenciar infantil). La forma en la que se tramitó en cada caso el desarrollo intrauterino descrito por Solms, en sus infinitas y sutilmente variables formas, afectadas también de forma variable y única para cada sujeto por las muy diversas “influencias ambientales” generará un vivenciar específico y único de su cuerpo en cada recién nacido. Esta vivencia se acercará más o menos a la conformación sexual de su cuerpo biológico.

La referencia de Stoller a la “relación infante-padres” nos lleva a los dos componentes siguientes que propone analizar Chodorow: las relaciones de objeto y lo cultural y lingüístico. Para la autora “las relaciones de objeto... (son) la creación única de un mundo interno de fantasías inconscientes sobre el self y el otro” (p. 187) y “lo cultural y lingüístico” implican la forma en la que la experiencia

sexual y de género son “impulsadas por la anatomía y nombradas y creadas en la cultura” donde, tal como lo describía Freud, esta cultura es transmitida al infante a través de la “primacía de un filtrado parental... inconsciente” (p. 188)

Melanie Klein amplía la mirada sobre la escena analítica y sobre el desarrollo del psiquismo infantil al describir los aspectos del objeto de la libido en la relación temprana entre el bebé y su madre. Describe dos posibles características del objeto, parcial y total; dos tipos de ansiedad/angustia (*anxiety*) que puede generar en el sujeto, persecutoria y depresiva; y dos tipos de modalidades defensivas a las que el sujeto puede recurrir, primarias (basadas en la escisión) y secundarias (basadas en la represión). Wilfred Bion, Donald Winnicott, John Bowlby y más recientemente Peter Fonagy y Mary Target van un paso más allá y teorizan sobre la forma en la que el objeto va a tener una incidencia directa en la estructuración del aparato psíquico. Creo que estos autores generan la que podríamos llamar una “prioridad del otro” (Laplanche 1992) anglosajona. El foco de estos autores está puesto en la forma en la que en la interacción con la madre/figura de cuidados/ de apego, el bebé va co-construyendo su aparato psíquico. Se trata para estos autores del encuentro entre dos sujetos, una visión en la que es la interacción la que posibilita el desarrollo psíquico.

Para Bion (1987) “Los componentes mentales de la relación con la madre, amor, seguridad, ansiedad, requieren de un proceso análogo a la digestión... El amor materno es expresado a través de *rêverie*: fuente de provisión psicológica de las necesidades de amor y comprensión (de los estados mentales) del infante.” Esta comprensión de los estados mentales del infante incluye la forma en la que el infante se siente en su cuerpo, experimenta las características físicas y erógenas del mismo. Estas impresiones sensoriales y emociones podrán ser transformadas en elementos alfa por el carácter de “continente (de) los contenidos de amor y odio” que el bebé dirige hacia la madre, que progresivamente irán dando forma a su identidad de género, que como ya fuera dicho encontraría sus raíces en la vivencia del infante del cuerpo que habita.

Winnicott (1971), en su maravilloso trabajo “El rol de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño”, describe la forma en la que la expresión facial (y verbal) de la madre frente al despliegue del gesto espontáneo del infante es capaz de devolverle, a la manera de un espejo, “lo que ella ve allí”, el mundo interno del infante. Este mundo interno recibe así una confirmación de su existencia, de su realidad (Fonagy y Target 1996). La experiencia del infante reflejada de esta manera irá conformando el verdadero self del infante, portador de su vivencia corporal. Winnicott dice que es también esperable que, “en ocasiones aisladas”, la madre le devuelva al bebé los contenidos de su

propio mundo interno, que entiendo que irán dando forma a su falso self, que en el desarrollo saludable sería la internalización del mundo y los deseos del otro.

Según Lemma (2013), en un trabajo sobre su experiencia clínica con pacientes transgénero cuyo título subraya la necesidad de estos pacientes de “ser vistos”, “en algunos casos de transexualismo, El/los objeto/s primario/s no “espejaron” (*mirror*) ni contuvieron la experiencia temprana de incongruencia entre el cuerpo dado y la experiencia subjetiva de género, que permanece no mentalizada (*unmentalized*) y perturba la coherencia del self ((277). Según la autora esto muchas veces conduce a la búsqueda de una solución quirúrgica como “‘garantía’ de alivio para esa experiencia de incongruencia”.

La “prioridad del otro” de Laplanche (1992) enriquece y complejiza nuestra comprensión de este desarrollo al subrayar la forma en la que el surgimiento de la sexualidad del infante se da en la interacción con la sexualidad infantil de la madre / figura del cuidado, “el primado de lo sexual se abre directamente sobre la cuestión del otro y, tratándose del niño sobre el otro adulto en su extranjería... esta otra persona es primera en la construcción de mí mismo” (p. 22). Esta prioridad del otro en el surgimiento de la sexualidad infantil apunta también a la forma inconsciente en la que los cuidadores despliegan “mensajes enigmáticos” en relación con la nascente identidad de género del infante: los deseos dirigidos a un cuerpo vivenciado como masculino o femenino por el cuidador.

En la mayoría de los casos, encontramos una coincidencia con variedad de matices entre el cuerpo biológico, la vivencia del infante de ese cuerpo y las representaciones y deseos de los cuidadores respecto de esa experiencia del infante con su cuerpo y todo aquello que la cultura en la que están insertos (*embedded*) espera de ese varoncito o niñita.

Para Stryker (2006, p 3), en un sentido general, “los estudios de transgénero se ocupan de cualquier situación que perturbe, desnaturalice, rearticule y haga visibles los nexos normativos que en general asumimos que existen entre la especificidad biológica del cuerpo humano sexualmente diferenciado, los roles y status sociales que se espera que ocupe una forma particular de cuerpo, la relación subjetivamente vivenciada entre un sentido de self de género (*gendered sense of self*) y las expectativas sociales sobre la interpretación del rol de género, y los mecanismos culturales que funcionan para sostener o impedir ciertas configuraciones específicas de una individualidad de género (*gendered personhood*)”.

Creo que las nuevas presentaciones de la sexualidad y las identidades de género más específicamente pueden tratar de escucharse en atención a ese encuentro entre la vivencia del sujeto en relación con su cuerpo y su erogeneidad y la forma en la que su vivencia fue experimentada y espejada por sus

cuidadores. La experiencia clínica hoy nos muestra que ese núcleo de la identidad de género puede estar muy fuertemente determinado desde el desarrollo intrauterino y funcionar desencontrado con lo esperado para esa anatomía. Las últimas décadas nos han llevado a ir modificando nuestros criterios respecto de estos desencuentros y la normalidad.

## **Bibliografía**

Aron, L. (1990). One person and two person psychologies and the method of psychoanalysis.

Psychoanalytic Psychology, 7(4), 475–485. <https://doi.org/10.1037/0736-9735.7.4.475>

Bion, W. (1987) Aprendiendo de la experiencia. Cap. I, II, III, IV y XII Buenos Aires: Paidós

Butler, J. (1999) Gender trouble, Routledge, New York

Castoriadis, C. (1986) El psicoanálisis, proyecto y elucidación. Nueva Visión, Buenos Aires, 1992

Fonagy, P. y Target, (1996) M. Playing with reality I. Theory of mind and the normal development of psychic reality, The International Journal of psychoanalysis

Freud, S. (1905) Tres ensayos sobre la teoría sexual. Amorrortu, Buenos Aires, 1976

(1915) Conferencias de introducción al psicoanálisis. Amorrortu, Buenos Aires, 1976

Gloer Fiorini, L. (2001) Lo femenino y el pensamiento complejo. Lugar Editorial, Buenos Aires

(2015) La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones. Lugar Editorial, Buenos Aires

Klein, M. (1952) “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” (p.70/85), Obras completas 3. Paidós, Buenos Aires, 1987

Laplanche, J. (1992), La prioridad del otro en psicoanálisis. Amorrortu, Buenos Aires

(1987) Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria. Amorrortu, Buenos Aires

Lemma, A. (2013), The body one has and the body one is. Understanding the transexual’s need to be seen., The International Journal of Psychoanalysis, 94 (277-2929

Matthis, Irène (ed.) (2004) Dialogues on sexuality, gender, and psychoanalysis, Routledge, New York

Money, J. (1988) Gay, straight, and in-between. The sexology of erotic orientation, OUP, New York

Morin, E. (1998) Introducción al pensamiento complejo. Gedisa, Barcelona

- Schore, A. (2002) “Advances in Neuropsychoanalysis, Attachment Theory, and Trauma Research: Implications for Self Psychology” en *Psychoanalytic Inquiry*, 22(3), 433–484
- Siegel, D.J. (1999) *The developing mind. Toward a neurobiology of interpersonal experience*. The Guilford Press, New York
- Solms, M. (2018) *The Biological Foundations of Gender: A Delicate Balance*, Conferencia Congreso de la Federación Psicoanalítica Europea, Varsovia, basada en
- (2002) *The Brain and the Inner World. An Introduction to the Neuroscience of Subjective Experience*, Solms M. y Turnbull, O., Capítulo 7 Other Press, New York
- Stoller, R. (1968) *Sex and gender. The development of masculinity and femininity*, Karnac, London, 1984
- Stryker, S. – Whittle, S. (2006) *The Transgender Studies Reader*, Routledge, New York
- Winnicott, D. W. (1971) *Mirror-role of Mother and Family in Child Development en Playing and reality*, Penguin, London, (1988); “Realidad y juego.”, Gedisa, Buenos Aires (1986)